

29 abril

Presiones Para Modificar las Prioridades

¿Y Después del Débito, qué?

- ★ Como con los Maestros, Muchas Demandas Pospuestas
- ★ La Solución de un Conflicto es el Comienzo de Otro
- ★ No Bastará Volver a Crecer y Elevar Niveles de Vida

LORENZO MEYER

Otra vez el Zócalo lleno de frustraciones, demandas insatisfechas e instituciones políticas rebasadas. De nueva cuenta la exigencia de grupos sociales al gobierno: modificar las prioridades, disminuir la importancia del compromiso con los grandes poderes externos y aumentar el que se tiene con la sociedad nacional.

En política el dilema se presenta con frecuencia: la solución de un conflicto no es más que el inicio de otro. Si finalmente se lograra que la economía mexicana volviera a crecer tras años de estancamiento, se habría cerrado la puerta a un gran problema pero al mismo tiempo se la estaría abriendo a otro: al de la

¿Y Después del Débito, qué?

Sigue de la primera plana

lucha por la satisfacción de demandas urgentes y contradictorias, provenientes de todos los sectores sociales y largamente postpuestas. De ser este el caso, las presiones sobre el gobierno seguramente cambiarán de naturaleza pero no necesariamente de intensidad.

Hace unos días ganó las ocho columnas la noticia de que nuestros acreedores nos habían permitido diferir por unos meses —que no evitar— el pago de poco más de 1,100 millones de dólares, de una cantidad que si bien es considerable, apenas si equivale al uno por ciento de logro, pero insistimos en que lo que se necesita es algo mucho más sustantivo: reducir permanentemente en 5,000 ó 7,000 millones de dólares anuales el monto de divisas que México ha estado enviando en los últimos tiempos a los grandes bancos privados y a otras instituciones financieras que nos prestan los más de 100,000 millones de dólares que hoy debemos al exterior.

★

Vamos a ser por un momento optimistas y a suponer que la actual administración va a lograr renegociar los pagos de México al exterior en el sentido arriba anotado. El día que tal cosa se consiga, no deberemos llamarnos a sorpresa si las tensiones políticas en vez de disminuir simplemente cambian de signo e, incluso, aumentan.

La naturaleza del problema en puerta es simple de enunciar aunque no fácil de resolver. La esencia de la política, dijera va, hace tiempo David Easton, consiste precisamente en determinar, por parte de los responsables del ejercicio de la autoridad pública, cómo efectuar la distribución de los recursos socialmente legítimos y crecientes.

Hace justamente cincuenta años, Crane Brinton, en su libro *Anatomía de la Revolución*, señaló que los conflictos sociales de la época moderna que desembocaron en grandes rebeliones o revoluciones, se produjeron cuando tras un período de crecimiento de la economía y de los niveles de vida generales, le siguió otro de estancamiento en donde la acción gubernamental se encontraba entorpecida por falta de recursos y era vista por una parte importante de la población como particularmente ineficiente y como un obstáculo a la satisfacción de demandas consideradas razonables y justas.

Lo anterior no significa, de ninguna manera, que necesariamente en México estemos al borde del precipicio. Simplemente deseo subrayar que tampoco conviene dar por sentado que una vez resuelto el problema de la deuda —problema a cuya solución está dirigida el grueso de la energía gubernamental— la tensión que hoy vivimos será cosa del pasado. No, el asunto es un poco más complicado.

Aceptemos como punto de partida que las privaciones y la miseria por sí mismas no son factor suficiente para movilizar a grandes grupos sociales en contra del orden establecido,

pues de lo contrario viviríamos en revolución permanente. Lo que hace que una situación de pobreza y pérdida de posiciones de grupos socialmente importantes se desdoble en otra de conflicto político es, para repetir una cita usada por Brinton: "la existencia de que la gente demanda y lo que realmente obtiene". En más de un sentido se trata de un problema de percepción de la realidad y que tiene que ver con el sentido de la justicia distributiva prevalente en una época determinada. Así, una crisis económica sólo se traduce en conflicto político cuando entre otras cosas, los afectados consideran que por razones de ineficiencia, corrupción o una combinación de ambas, quienes detentan el poder gubernamental se han convertido en enemigos directos, en un obstáculo para que logren la parte de la riqueza social a que legítimamente tienen derecho.

★

En cierto sentido, el derumbe catastrófico de la economía que tuvo lugar en México a partir de 1982, lleva a que en un primer momento cada quien busque la salvación individual, y a que, por tanto, una gran parte de la población no tenga ni tiempo ni deseos para transformar sus frustraciones personales en energía política. Sin embargo, la prolongación de las condiciones de depresión y, sobre todo, el inicio de la recuperación, pueden alentar cambios en las actitudes individuales de manera tal que la energía desplegada para asegurar la supervivencia pase del plano individual al colectivo. Eso está ya empezando a suceder en México, pero nos encontramos apenas en el principio del proceso.

La coyuntura electoral de 1988 dio la posibilidad de que una parte importante de la población, en particular la urbana, expresara descontento generado por la depresión económica en las urnas. Hoy día el movimiento magisterial —la rebelión de las bases del SNTE contra sus líderes y contra la política salarial de la Secretaría de Educación— constituye otra manifestación de la misma insatisfacción con la manera como el gobierno ha estado administrando los recursos cada vez más escasos, de la sociedad.

Al igual que los maestros, muchos otros grupos o sectores sociales, se explican la disminución de su nivel de vida no sólo como el resultado de las fuerzas remotas e impersonales del mercado mundial y sobre las que nadie en particular tiene control, sino también como producto de decisiones políticas erróneas o francamente injustas de las autoridades nacionales, en particular de la presidencia. Una expresión concreta de lo anterior, es la exigencia cada vez más generalizada de que el Presidente transforme los términos del pago de la deuda externa para hacer que los banqueros internacionales también asuman la parte de responsabilidad de nuestra crisis que desde un principio les correspondió.

Cuando esa exigencia de disminuir la carga de la deuda se haga realidad, si

es que se hace, entonces surgirá con más fuerza la demanda de atender las numerosas peticiones sociales ya formuladas pero postpuestas por falta de recursos. Y resulta que lo postpuesto es ahora tanto, que ningún arreglo de la deuda externa, por bueno que sea, va a permitir contar con los medios para satisfacer a los sectores sociales insatisfechos con su destino colectivo. Y entonces se correrá el riesgo de triunfar frente a los bancos extranjeros pero ser derrotado en el frente interno por eso que se ha dado en llamar el agravio social.

★

Al reiniciarse el crecimiento económico —si es que se reinicia— el sector privado va a exigir que los recursos generados se dirijan prioritariamente a facilitar crédito y a llevar a cabo las obras de infraestructura que se han postpuesto y sin las cuales no se podrá hacer realidad la meta de un país exportador eficiente y competitivo. Desde esta perspectiva se requiere dar prioridad a la rehabilitación y construcción de carreteras, puertos, ferrocarriles, generación de energía eléctrica, petróleo, teléfono, etcétera. Los asalariados —sean proletarios, burócratas o clase media al servicio de empresas privadas— van a insistir en que se dé prioridad a un aumento sustantivo de sus ingresos y a una mejora real en la cantidad y calidad de los servicios gubernamentales que les interesan: salud, servicios urbanos, seguridad pública, disminución de la contaminación ambiental, educación en todos sus niveles. En el campo, los productores van a seguir insistiendo en mejores precios de garantía y créditos y en un manejo menos corrupto de las instituciones encargadas de proveerlos. La lista se puede alargar sin problema, lo difícil será conciliar y responder a tal cúmulo de demandas.

En conclusión: el problema político fundamental de México en los tiempos que corren no está sólo en reanudar el crecimiento y recuperar el nivel de vida, sino, además, en modificar de manera sustantiva —incluso radical— el arreglo político institucional actual, para impedir que el inevitable choque abierto de intereses que ya se inició y que se va a intensificar —como bien lo prueba la rebelión magisterial— tenga como escenario uno de debilidad e ineficiencia precisamente en aquellas instituciones encargadas de conducir al conflicto por la vía pacífica y constructiva: en especial los partidos, los sindicatos, el congreso y la presidencia. Así pues, hay que estar conscientes que una solución al problema de la deuda —solución que, por ahora, es una mera esperanza— no es alternativa al cambio de las reglas del juego político, al contrario.

Hoy por hoy, la única vía para fortalecer la estructura institucional y minimizar los peligros del futuro inmediato, consiste en revertir la legitimidad perdida por la autoridad constitucional y la democracia al tal vez la mejor vía. Por no decir la única, para esa creación de legitimidad que permita superar el temporal que va está llegando.